

cia, que podrá ser llamada neocristiana y que no será tal vez más que una especie de protestantismo a lo Schleiermacher, filósofo y teólogo. Es esta acción la que estamos viendo, una vaga pero ya viva, que trata sobre las cuestiones sociales con el nombre de socialismo cristiano. En suma: parece cierto que por algún tiempo, como sucede siempre en épocas como estas de grandes disoluciones de doctrinas, el mundo será atravesado, si no por un fuerte viento de espiritalismo, por un fuerte viento de espiritalismo.

XVII

UNA COLECCION DE ARTE

Había hasta hace poco, en París, un hombre que se llamaba Spitzer. Tan mal conocido era este nombre de aquellos que no se ocupan absorbente y únicamente de curiosidades de arte y de colecciones de arte, que no sé si escribo con todo rigor sus letras. Sin embargo, entre aquellos, afortunadamente numerosos, que tienen la religión del objeto de arte y para quienes el coleccionar es la forma superior del vivir, Spitzer era tan popular y venerado como Descartes entre los filósofos y Colón entre los navegantes. Muy rico, muy erudito, de un gusto seguro, de una tenacidad inquebrantable, este hombre dedicó cincuenta años de su vida laboriosa a acumular una colección de objetos de arte del Renacimiento, tan preciosa, tan completa, con un aspecto tan grandioso de museo nacional, que parecía, en medio de ella, no el dueño, sino sólo el *cicerone* celoso y entusiasmado. Para inspirar a aquellos que no son finos entendedores el respeto que esta colección magnífica merece, diré solamente que valdría en el Brasil, con el cambio, veinte o veinticin-

co mil *contos* (1). Es una suma que hace meditar. Y no se encuentra allí ni oro ni piedras preciosas. Sólo aquí o allá un objeto de plata blanca o dorada. Las maravillas están en barro, en vidrio, en cera, en madera, en cobre, en hierro. Los veinte mil *contos* fueron puestos allí por el genio de una civilización.

A los buenos entendedores, a esos sólo puedo aconsejarles que vengán a recorrer las diez o doce salas del palacete de la Avenida del Bosque, donde se extienden, espaciados, en un orden claro y sencillo, esos muebles, telas, lozas, esmaltes, herrajes, armas, relicarios, iluminaciones, cofres, dalmáticas, lámparas, joyas, imágenes, que dan, mejor que ningún libro o museo, una lección tangible del lujo fantástico con que el Renacimiento revistió toda su vida civil, militar y religiosa... Nada más instructivo, por ejemplo, que las armas. La continua y más deliciosa ocupación del hombre, durante esos tiempos violentos de pasiones irreprimidas, fué matar, o por lo menos herir, a su semejante. A esta operación corriente, trivial, de todos los días, parece que debían bastar instrumentos sencillos, baratos, cómodos, rápidamente forjados, que se pudiesen embotar, despedazar, abandonar, y en seguida substituir, sin que esto constituyese una carga grave en el peculio doméstico. Por lo menos este es el principio de nuestra civilización prudente, que sólo embellece con riquezas los objetos reservados a la vida ceremonial. A no ser aquel delicioso presidente, no sé si del Paraguay o de Colombia, que hace años asombró a Río de Janeiro con un quitasol bordado y clara-

(1) Cada *conto* de reis en Portugal es equivalente a mil duros españoles.—N. del T.

veteado, en el puño y en la contera, de diamantes enormes, nadie pensaría hoy en amontonar sobre su quitasol las labores y las pedrerías de un cetro.

Ahora bien; para los sanguíneos y los bravos del Renacimiento, la espada, la daga, el puñal, la coraza, eran objetos tan indispensables, desde por la mañana, en las calles y en los campos (aun dentro de las casas donde florecía la traición), como son el bastón y el paraguas para nosotros, los anémicos de este siglo tímido. Y sin embargo, rara es el arma de estos tiempos sobre la cual no se hubiese ejercitado con ostentación y refinamiento el arte profuso y sutil del cincelador y del joyero. Hay en la colección Spitzer espadas enormes para descargar el golpe con ambas manos, armas de batalla y no de gala, embotadas y aun herrumbosas de sangre, que están más preciosamente trabajadas que las joyas de la reina de Saba. ¡El puño de una de esas espadas, de una madera rara, espléndidamente esculpida, representa un Nacimiento!... Todo un Nacimiento; Jesús entre pajas, la cuna, la procesión de los Reyes Magos, San José, que sonríe enternecido, adorables figuritas de una gracia piadosa, que duros guantes de hierro empuñaban con furor!... Un artista tardaba, en su oscuro taller, un año de inspiración en producir una de estas armas, que un aventurero despedazaba después en media hora, entre gritos, sobre el hierro bruto de las armaduras.

Y el lujo complicado y bárbaro no está sólo en las armas. El buen Spitzer nos muestra ahí una sorprendente colección de llaves que perturba y humilla nuestra sencillez democrática. Este modestísimo utensilio, la llave, que el cerrajero de la esquina nos forja por

unos *tostões* (1), tomaba en el Renacimiento las suntuosas proporciones de una joya, tan labrada y rica como un cáliz de altar; y Benvenuto Cellini hacía llaves. No todas ellas se destinaban a las habitaciones de los Médicis o de los Papas. Y tal honesto burgués de Florencia abría al obscurecer su puerta, perdida en un rincón de una calle lóbrega, con una llave que hoy príncipes y banqueros van a admirar con asombro y pagan en cientos de libras. ¡Y campanas! ¡Y doseles de cama! ¡Y mangos de navajas!... En la colección de Spitzer brilla una hilera extensa de facas, de cuchillos, cuyos mangos son delicados y maravillosos grupos de figuritas de marfil. Todas están desnudas, todas son amorosas, todas descendieron del Olimpo. Aquí tenemos a Venus escandalosamente enlazada a Adonis. Más allá se divisa un sátiro que está positivamente abusando de una ninfa. Y aquella, si no me engaño, es Psiquis, más pegada a Cupido de lo que conviene a la decencia. ¿En qué cenas galantes, de cardenales y cortesanas, se usaban estas cucharas suntuosas? No tienen escudo de armas, pero pertenecían a una casa aristocrática y eclesiástica. Y era tal vez algún sesudo mercader de Venecia, un armador de galeras quien, entre su vasta familia, dadas las gracias al Señor, empuñaba, para comer su honrada *polenta*, estos tenedores, donde un artista, aun pagano, esculpiera con entusiasmo la lubricidad de los Dioses.

Pero toda esta magnificencia del Renacimiento es conocida; la teoría histórica que la explica está suficientemente consolidada (ese excelente Taine, a quien

(1) Ya he anotado varias veces el equivalente de *tostão* (tostón) en moneda castellana: 50 céntimos a la par.—Nota del Traductor.

acabamos de perder, tiene sobre ella centenares de páginas documentadas y decisivas), y no es esta la lección que se saca del deslumbrante Museo Spitzer. La lección es otra, no nueva tampoco, pero que se destaca aquí con especial y triunfal relieve. A través de esas largas galerías donde brilla todo el arte decorativo del Renacimiento están espaciadas, aquí y allá, pequeñas estatuas de marfil, madera, loza, bronce, de épocas diferentes y de gustos diferentes, entre los siglos XIII y XVI. Ninguna pertenece a la gran Estatuaría. Son imágenes de santos, obra de santeros, a veces ingenuos y a veces excesivos, procedentes de capillas o de aristocráticos oratorios. Ahí tenemos las flacas y primitivas Vírgenes de marfil, conservando la actitud arqueada del diente en que fueron esculpidas, lo que les da un aire diáfano y aéreo de aparición, pronta a remontar a los cielos, recostada en la redondez de una nube. Más allá está un San Cristóbal, rudamente tallado en madera, como cumple a un santo que nunca se desprendió mucho de la tosca materialidad de la naturaleza. También vemos a un adorable niño Jesús, vestido de infante español, de túnica de brocado y zapatos picudos, empotrado en una poltrona abacial, de cuero labrado, donde adormeció sonriendo, con la mejilla, recostada en la manecita llena de anillos, y el mundo, como una pelota, olvidado sobre el regazo. Y tan confiadamente duerme, con el Orbe así abandonado, que da ganas de tocarle en el hombro y de murmurarle: “¡Despierta, niño mío, despierta, que por dormirte y olvidarte de él es por lo que este mundo va tan mal!”.

Ahora, para completar la historia de la estatuaría de oratorio y enlazar las épocas, el erudito Spitzer colo-

có en una sala más remota, en un rincón, como un apéndice histórico a un libro de arte, una breve y modesta colección de *terracottas* griegas. Nada de extraordinario; sólo quince o veinte de esas figuritas, color de greda, de ropajes ligeros, designadas con el nombre griego de “Tanagras”, representando diosas o mujeres divinizadas, que se vendían antaño por toda Grecia en las barracas de los alfareros y se colocaban en nichos, más por ornato que por devoción, en las paredes de los gineceos. Son obras pertenecientes a la industria más que al arte. Y después de recorrer cinco o seis salas llenas de exuberante y lujosa fantasía del Renacimiento, es cuando la mirada, ya cansada, encuentra en una vitrina discreta estas figuritas de barro y reposa un momento en su gracia sencilla y pura. Una Diana apretando el coturno de caza; Leda sonriendo al Cisne que arquea el cuello para besarla; otra Diosa con un espejo caído en el regazo; una Ninfa conversando con un Fauno sobre un tronco caído: tales son los motivos familiares y sencillos de estos grupos, que no tienen ni un palmo de altura y encierran un infinito de armonía y de belleza. Y esta belleza no deslumbra ni sacude violentamente la imaginación. Se insinúa en la inteligencia, produce una emoción puramente intelectual. Su influencia viene de su simplicidad. En un cuerpo que se inclina, en finos pliegues que caen, en un gesto, en una línea, surge todo el Ideal. Después se suceden otras salas; la mirada se sumerge en los esmaltes de Limoges, en la aparatosa orfebrería eclesiástica, en los marfiles más trabajados que encajes, en las porcelanas de Palissy, donde los reinos de la Naturaleza se entrelazan ricamente, en toda esa prodigiosa invención de formas y labores y

recamos, con que el Renacimiento sobrecargó todo lo profano y todo lo sagrado. Las estatuillas griegas quedaron olvidadas, como queda eclipsada la luz de un cielo puro si un propagado incendio, todo en oro y púrpuras, estalla de repente y nos deslumbra.

¡Sólo eran quince o veinte figuras, y tan pequeñitas, blanqueando sobre el terciopelo rojo, con tan sencillos contornos!...

Todo acaba, sin embargo; hasta la colección Spitzer. También el mismo Spitzer acabó, pudiendo decir como el viejo Califa de Bagdad: "Gasté cincuenta años en acumular tesoros, y no llevo conmigo ni un ochavo". Los tesoros del viejo Spitzer, que fueron el sobrehumano trabajo de toda su vida, aquí quedaron, para que el martillo del almonedero los disperse ahora por todos los caminos de la tierra, como el viento hace con las hojas secas. Ya esta consideración entristece. Y como toda la arqueología tiene un no sé qué de frío y de muerte que fatiga y melancoliza, se abandonan con placer aquellas galerías llenas de armas que ya no se usan, y de santos que ya no se adoran, y de infolios que ya no se leen, para respirar en la Avenida del Bosque el aire de la primavera y la frescura de las primeras hojas, que tienen siempre actualidad.

Y entonces es cuando, por un deber de crítica y de gusto, se procura recapitular y recordar, conversando, las maravillas visitadas, y se descubre con asombro que ninguna de ellas penetró y quedó aisladamente en la memoria. Sólo con esfuerzo, rascando la cabeza, confrontando ansiosamente el catálogo, apelando a las notas de los amigos, se consigue reconstituír, y muy vagamente, siempre con grandes lagunas, la forma de ciertos relicarios o las líneas de cierto bronce.

Ninguna imagen nítida, que enriquezca el peculio de la educación artística, se trae de aquellas vastas galerías, donde, sin embargo, está soberbiamente representado el genio ornamental de una gran civilización. Hay sólo la impresión rica, pero informe, de un montón de labores, recamos, ornatos, florones, engastes, centelleos de metales, vidriaduras de porcelanas, tonos muertos de viejos brocados... Cada obra por sí se desvaneció con su belleza propia. De la colección inmensa sólo queda en el espíritu la vaga refulgencia de un tesoro.

¿Todo se desvaneció? No; de esta difusa impresión comienzan luego a destacarse algunas imágenes, muy precisas, muy claras, dando por el recuerdo el mismo encanto que dieron por la contemplación.

Y son las quince o veinte *terracottas* griegas, las pequeñas estatuillas de Diosas, o de mujeres divinizadas, que hace tres mil años los "santeros" de Atenas vendían por medio dracma. Sólo esas humildes figuritas de medio dracma recuerdan todo aquel museo que vale con el cambio del Brasil, veinte mil *contos*. Y no hay movimiento, actitud, pliegue de ropaje, que no nos quedase en el recuerdo indeleblemente. La mirada interior vuelve a ver, maravillada, la sandalia de Diana, y el gesto de Leda, que no repele al cisne, y el reposo noble con que la Ninfa escucha al Fauno. ¡Cuánta gracia, cuánta pureza, cuánta belleza! ¡Y he ahí! De tantos centenares de obras de dos siglos, altamente imaginativas, regiamente instaladas en terciopelo por el viejo Spitzer, sólo media docena de figuritas de barro, salidas de las manos de un oscuro santero griego y olvidadas en un ángulo, nos dejó una emoción durable. Y esta es la lección que se saca del Museo

Spitzer. No diré siquiera lección, porque nada más temerario que aleccionar sobre cuestiones de gusto y de arte. Es sólo una sugestión, pero saludable... En Arte, la copiosa, exuberante, lujosa y florida fantasía cansa, se desvanece y pasa, y sólo hay eternidad para la belleza pura y sencilla.

1893.

XVIII

ESPIRITISMO

Hace días, en una de las raras tardes de este hocico invierno en que el cielo difundió alguna dulzura y un poco de sol descolorido, un amigo mío, E. P. (1), que se ocupa de espiritismo, de teosofía, de magia y de ciencias ocultas, por diletantismo intelectual, deseó que yo le acompañase al Centro Espiritista, en París, donde iba a contratar *mediums* y magos para una experimentación solemne de fenómenos psíquicos.

Y yo accedí, más por la seducción del sol color de canario que suavizaba la tarde, que por la curiosidad de esas artes negras que no se combinan con la nitidez y la simplicidad de un espíritu latino.

El Centro Espiritista, en París, es en la redacción de la *Revista Espiritista* (creo que los adeptos vernáculos (2) dicen *Espirita*). Y luego este local me pareció bien característico de nuestro siglo escriboteador. En la antigüedad, un centro serio de lo sobrenatural

(1) Este es Eduardo Prado, gran amigo de Eça, y Director de un importante periódico del Brasil y a quien el novelista pintó en los rasgos de Jacinto, el protagonista de *A Cidade e as Serras*.—N. del T.

(2) Es decir, los adeptos de Portugal que quieren emplear el lenguaje vernáculo o castizo.—N. del T.